

I. La señora

Muchos de los contemporáneos de Balzac, estimaban que gran parte de su éxito era debido a las lectoras femeninas que apreciaban su sensibilidad respecto a los temas de la mujer. Las mujeres, efectivamente, tienen un papel primordial en la vida y la obra de Balzac. Están las mujeres amadas, entre otras Laure de Berny, dama de la aristocracia, casada y 22 años mayor que él y que además de amante fue su gran amiga y protectora, de ahí posiblemente la reivindicación de la mujer mayor, (¡se ha llegado incluso a considerar a Balzac el *inventor* de la mujer de treinta años, título de una de sus novelas!); la duquesa de Abratès; Eva Hanska, la condesa polaca de la que estuvo enamorado diecisiete años y con la que finalmente logró casarse en 1850, unos meses antes de su muerte; las mujeres admiradas como George Sand; las grandes amigas como Zulma Caraud. También es el novelista y el defensor de las mujeres a las que retrata en sus novelas con gran fineza psicológica.

En la época de Balzac la mujer es siempre considerada menor de edad: de soltera depende de su padre y de casada de su marido. El código de Napoleón suprimió los derechos civiles reconocidos por la Revolución: divorcio, igualdad ante la herencia, mayoría de edad. Los hombres reafirman la inferioridad natural de la mujer cuyo lugar está en el seno de la familia dominada por el marido. Las familias tanto nobles como de la alta burguesía establecen alianzas con matrimonios concertados, en virtud del dinero, el nombre o el poder. En el interior de la casa, la esposa supervisa el trabajo de los criados y se ocupa de la educación moral y religiosa de los hijos. Las obras de caridad, las recepciones, los salones, los paseos, el teatro, la ópera, los conciertos y los bailes permiten a las mujeres de clase alta salir al exterior y estos eventos son a menudo los escenarios de las narraciones.

En la literatura del siglo XIX, la mujer de la nobleza o de la burguesía encuentra a menudo el amor fuera del matrimonio, y el adulterio introduce una cierta complejidad en sus vidas. Muchos de los conflictos conyugales presentes en la literatura se explican por el desequilibrio en materia de derechos y de sentimientos y lo que hace esas luchas especialmente duras es que se trata del combate entre un poder considerado legítimo, el hombre, y una fuerza y una personalidad juzgada ilegítima, la de la mujer.

Honoré de Balzac. Estudio de mujer

La marquesa de Listomère es una de esas mujeres jóvenes educadas en el espíritu de la Restauración. Tiene principios, se conserva delgada, comulga, y va muy arreglada al baile, a la ópera bufa, a la ópera; su confesor le permite aliar lo profano con lo sagrado. Siempre en regla con la Iglesia y con el mundo, ofrece una imagen de nuestra época, que parece tener como epígrafe la palabra *Legalidad*. En su conducta, la marquesa muestra la devoción suficiente que le permitiría desembocar, cual una nueva Maintenon, en la sombría piedad de los últimos días de Luis XIV, y el suficiente saber estar en sociedad para poder adoptar igualmente las costumbres galantes de los primeros días de ese reinado. En este momento es virtuosa, por cálculo, o quizá por gusto. Casada desde hace siete años con el

marqués de Listomère, uno de esos diputados que aspiran al título de par, es posible que piense que con su conducta sirve a la ambición de la familia. Algunas mujeres esperan para juzgarla el momento en el que el señor de Listomère llegue a ser par de Francia y ella tenga treinta y seis años, época de la vida en la que la mayoría de las mujeres se dan cuenta de que han sido víctimas de las leyes sociales. El marqués es un hombre bastante insignificante: en la corte se desenvuelve bien, tanto sus virtudes como sus defectos son negativos; ni la unas le procuran una reputación de hombre virtuoso, ni los otros la especie de brillo que desprenden los vicios. Como diputado, nunca habla, pero vota *bien*; en su casa se comporta igual que en la Cámara. Se le considera por lo tanto el mejor marido de Francia. No se exalta fácilmente y solo protesta si se le hace esperar. Sus amigos le llaman *tiempo nublado*. En efecto, en él no se aprecia ni una luz demasiado viva, ni la oscuridad completa. Para una mujer de principios es difícil caer en mejores manos. ¿No es mucho, para una mujer virtuosa, el haberse casado con un hombre incapaz de hacer tonterías? Hubo ocasiones en que algunos dandis tuvieron la impertinencia de apretar ligeramente la mano de la marquesa al bailar con ella, solo recibieron miradas de desprecio, y todos sintieron esa indiferencia insultante que, al igual que las heladas primaverales, destruye el germen de las más bellas esperanzas. Los apuestos, los ingeniosos, los fatuos, los hombres con sentimientos que se alimentan apoyados en sus bastones, los que poseen un gran nombre o tienen una gran reputación, los de altos o bajos vuelos, todo a su lado se vuelve blanco. Ella se ha ganado el derecho a hablar durante tanto tiempo y tan a menudo como le plazca con los hombres que le parecen ingeniosos, sin que por ello sea pasto de la murmuración. Algunas mujeres coquetas son capaces de seguir este plan durante siete años para poder luego vivir a su antojo; pero suponer segundas intenciones a la marquesa de Listomère sería calumniarla. He tenido el placer de tratar a ese fénix de las marquesas; ella habla bien, yo sé escuchar, le he gustado, voy a sus fiestas. Eso era lo que yo pretendía. Ni fea ni guapa, la señora de Listomère tiene los dientes blancos, la tez luminosa y los labios muy rojos; es alta y bien proporcionada; tiene el pie pequeño, delgado, y no lo avanza; sus ojos, en lugar de estar apagados como lo están casi todos los ojos parisinos, tienen un brillo suave que se hace mágico cuando en algún momento se anima. A través de esa forma indecisa se adivina un alma. Si le interesa la conversación despliega una gracia que estaba escondida bajo el manto de una apariencia fría, y entonces es encantadora. No busca el éxito, y lo encuentra. Siempre se encuentra lo que no se busca. Esta frase es verdad tan a menudo, que un día se convertirá en proverbio. Será la moraleja de esta aventura, que no me permitiría contar, si no fuera porque en este momento es la comidilla de todos los salones de París.

La marquesa de Listomère bailó, hace aproximadamente un mes, con un joven tan modesto como despistado, que está lleno de buenas cualidades, pero muestra únicamente sus defectos; es apasionado y se burla de las pasiones; tiene talento y lo esconde; se hace el sabio con los aristócratas y el aristócrata con los sabios. Eugène de Rastignac es uno de esos jóvenes sensatos que quieren probar todo, y dan la impresión de tantear a los hombres para saber lo que les depara el futuro. Mientras le llega la edad de la ambición, se ríe de todo, tiene gracia y originalidad, dos cualidades poco frecuentes porque se excluyen la una a la otra.

Estuvo hablando, sin ninguna pretensión, con la marquesa de Listomère, durante aproximadamente media hora. Amparándose en los caprichos de una conversación que, partiendo de la ópera de *Guillermo Tell*, había desembocado en los deberes de las mujeres, miró más de una vez a la marquesa de una manera que la desconcertó; luego se separó de ella y no volvió a hablarle durante toda la velada, bailó, jugó a las cartas, perdió algo de dinero, y se fue a dormir. Tengo el honor de afirmar que todo ocurrió así. No añadido ni quito nada.

A la mañana siguiente Rastignac se levantó tarde, permaneció en la cama, donde se entregó a una de esas ensoñaciones matinales durante las cuales un joven se desliza como un silfo por debajo de más de una cortina de seda, de cachemira o de algodón. En esos momentos, cuanto más pesado por el sueño está el cuerpo, más ágil está el espíritu. Finalmente Rastignac se levantó sin bostezar demasiado, como hace tanta gente maleducada, llamó a su ayuda de cámara, hizo que le trajeran el té, bebió una gran cantidad, lo que no parecerá extraño a los que les gusta el té; pero para explicar esta circunstancia a los que solo lo aceptan como panacea de las indigestiones, añadiré que Eugène escribía; estaba cómodamente sentado y apoyaba más a menudo los pies en los morillos de la chimenea que en su folgo. ¡Oh! Poner los pies sobre la barra pulida que une los dos grifos del trébedes, y pensar en los amores cuando uno se levanta y está en bata, es algo tan delicioso, que lamento infinitamente no tener ni amante, ni morillos, ni bata. Cuando tenga todo eso, no contaré mis observaciones, aprovecharé la ocasión.

La primera carta que Eugène escribió estuvo terminada en un cuarto de hora; la dobló, la selló y la dejó delante de él sin poner la dirección. La segunda carta, empezada a las once, no la terminó hasta las doce. Las cuatro páginas estaban llenas.

—Esta mujer no se me va de la cabeza —dijo, mientras doblaba esta segunda misiva que colocó delante de él, pensando escribir la dirección cuando acabase su ensoñación involuntaria. Cruzó los dos faldones de su bata rameada, posó los pies en un taburete, introdujo las manos en los bolsillos de su pantalón de cachemira rojo y se dejó caer en una deliciosa poltrona de orejeras cuyo asiento y respaldo describían el confortable ángulo de ciento veinte grados. Dejó de tomar té y permaneció inmóvil, con los ojos fijos en la mano dorada que coronaba la paleta, sin ver ni la mano, ni la paleta, ni el dorado. Ni siquiera atizó el fuego. ¡Craso error! Pues, ¿no es un gran placer revolver el fuego mientras se piensa en las mujeres? Nuestra mente descubre frases en las pequeñas lenguas azules que se desprenden de repente y chapurrean en la chimenea. Interpretamos el lenguaje poderoso y brusco de un burguiñón.

Detengámonos en esta palabra, e introduzcamos aquí para los ignorantes una explicación que procede de un etimologista muy distinguido que ha deseado permanecer en el anonimato. *Burguiñón* es el nombre popular y simbólico que se da, desde el reinado de Carlos VI, a esas detonaciones ruidosas que tienen como efecto lanzar sobre una alfombra o sobre un vestido un pequeño carbón, ligero inicio de incendio. Según parece, el fuego libera una pompa de aire que un gusano roedor hubiera dejado en el corazón de la madera. *Inde amor, inde burgundus*. Temblamos al ver rodar como una avalancha el carbón que tan cuidadosamente

habíamos tratado de colocar entre dos troncos llameantes. ¡Atizar el fuego cuando se está enamorado es como desarrollar materialmente el pensamiento!

En ese momento entré en la habitación en la que estaba Eugène, se sobresaltó y me dijo:

—¡Ah! Ya has llegado, querido Horacio. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Acabo de llegar

—¡Ah!

Tomó las dos cartas, puso las direcciones y llamó a su criado.

—Lleva esto en mano.

Y Joseph, excelente criado, se fue sin decir nada.

Nos pusimos a hablar de la expedición de Morée, a la que yo deseaba agregarme como médico. Eugène opinaba que perdería mucho al alejarme de París, y charlamos de cosas indiferentes. No creo que se me tenga en cuenta si suprimo nuestra conversación...

Cuando la marquesa de Listomère se levantó, hacia las dos de la tarde, su doncella, Carolina, le entregó una carta; se puso a leerla mientras Carolina la peinaba. (Imprudencia que cometen muchas mujeres jóvenes).

¡Querido ángel de amor, tesoro de vida y de felicidad! Al leer estas palabras, la marquesa fue a tirar la carta al fuego; pero se le pasó por la cabeza una fantasía que toda mujer virtuosa comprenderá muy bien y que era averiguar cómo terminaba la carta un hombre que empezaba de ese modo. Leyó. Cuando terminó la cuarta página, dejó caer los brazos como una persona cansada.

—Carolina, vaya a enterarse de quién ha traído esta carta a la casa.

—Señora, me la ha entregado el ayuda de cámara del señor barón de Rastignac.

Se produjo un largo silencio.

—¿La señora quiere vestirse?

—No.

—¡Menudo impertinente! —pensó la marquesa....

Pido a todas las mujeres que imaginen el resto.

La señora de Listomère terminó su reflexión con la decisión formal de impedir a Eugène la entrada en su casa y si se lo encontraba en sociedad mostrarle algo más que desdén; ya que su insolencia no podía compararse a ninguno de los comportamientos que la marquesa había terminado por excusar. Pensó primero en conservar la carta, pero, después de reflexionar, la quemó.

—¡La señora acaba de recibir una larga declaración de amor, y la ha leído! —dijo Carolina al ama de llaves.

—Nunca hubiera creído una cosa así de la señora —respondió la vieja muy sorprendida.

Esa noche la condesa fue a casa del marqués de Beauséant, adonde probablemente acudiría Rastignac. Era sábado. El marqués de Beauséant estaba ligeramente emparentado con el señor de Rastignac, el joven, por lo tanto, no podía dejar de aparecer por la velada. Hasta las dos de la mañana, la señora de Listomère, que solamente se había quedado para mortificar a Eugène con su frialdad, le estuvo esperando en vano. Un hombre inteligente, Stendhal, tuvo la sorprendente idea